

que mi sol declina; pero Aquel cuya mano me llama ya á la tumba, con una ténue chispa enciende una gran antorcha, y de levante á poniente, la inextinguible llama del alma que se apaga se comunica á otra alma. El moribundo trasmite en la tierra al vivo esa antorcha del pasado no agitada por viento alguno: siempre hay álguien que reciba el manto sagrado de Elías, porque Dios no permite que se olvide su lengua. A ti te ha distinguido entre la muchedumbre asiéndote de la mano; tú eres aquel á quien su espíritu ha designado el camino; tú el que desde el claustro materno te abrasas en inextinguible sed del Señor, por obra y gracia suya; tú, á quien ha escogido en este bajo mundo para escuchar y para repetir la voz de la montaña. Mas apresúrate á agotar las proféticas fuentes de esos grandes relatos de las maravillas antiguas, porque de esta memoria por la que Dios las hace circular, sólo podrán manar un brevisimo instante, y el que te ha encaminado á presenciá mis últimas vigiliás quiere que mi cansada voz espire en tus oídos. Muy pronto dejaré mis restos mortales en esta roca; aprovecha sin demora la hora fugaz que Dios me permite vivir todavía; lee el libro de los secretos de la tierra, que en todas partes está escrito, ántes que un dedo desgarré sus hojas. Habla: ¿por dónde deseas que te abra mi espíritu?

—Que lo abra el mismo espíritu divino, le respondí: ¿quién soy yo para hablar ante la voz suprema?

—Pues bien, recojámonos, hijo mio, me contestó. Reclina la cabeza entre tus manos descansándolas sobre tus rodillas: cuando la levantes, la muerte habrá sellado los labios del profeta.

Tres días estuvimos sentados á sus piés, y este fué el segundo de sus doce relatos.



PRIMERA VISION

Era la época en que el Soberano Juez iba á soltar muy pronto las oleadas del diluvio, en que todo sér, casi recién creado, excepto el hombre, estaba aún en su perfección. La luna, pálida hermana de la tierra, surgía en toda su plenitud y redondez esos anchos troncos, como surge una vela aislada en los límites de los mares, y tocando ya la frente de los cedros sagrados parecía un gran fruto de oro madurado á la caída de la tarde en la rama más alta de esos prodigiosos árboles. Los nitidos entre resplandores de aquel astro manaban, serpeaban de rama en rama en ondas repetidas á la manera que un plateado riachuelo, que se divide al despeñarse, forma sábanas de líquido cristal que centellean y se rompen: luego, extendiéndose por el suelo como inmensos vellones de blanquísima lana, argentaba los musgos y céspedes en las floridas pendientes.

A los fulgores de la nocturna antorcha divisábanse largas filas de ganados que subían por una cuesta, y á los cuales una tribu de pastores, sorprendidos por la noche, guiaban á lo lejos empujándolos detrás de una oscura loma. Hombres, mujeres y niños se hundían en la sombra: aquella familia humana no era muy numerosa, y merced á la clemencia de un cielo sin ardor ni humedad, no llevaban vestidura alguna que cubriera su airosa desnudez; las mujeres velaban sus for-

mas con su cabellera, con la que habían formado anchas trenzas alrededor de su cintura, y los hombres llevaban rodeadas á sus caderas las pieles de magníficos leopardos, enemigos de los rebaños. La estatura, la robustez y la fuerza de aquellos hombres eran, comparadas con las de la humanidad de nuestros días, lo que la altura de esos árboles gigantes es comparada con los más añosos robles de vuestras selvas. Sus voces, que se iban alejando, se extinguieron con la distancia, y el silencio y la soledad volvieron á reinar en los bosques.

¡Oh tranquila majestad de los desiertos, de la noche y de los cielos! ¿Quién pudiera cantaros como os están viendo mis ojos? Si despues de vuestra ruina conservais cierto vestigio de la divinidad para la mirada humana, si la noche radiante y sus vagabundos globos le muestran lo infinito bajo esos cielos transparentes, ¿qué sería ántes de aquel día en que el depósito de las ondas precipitó sobre nuestro suelo su inmunda atmósfera? ¿Qué sería cuando, despues de ocultarse el gran astro del día, el firmamento, aproximado á nosotros por las sombras, permitia que la mirada, extraviada por los celestes senderos, contemplase bóvedas tras bóvedas de soles y esa red celestial deslumbradora, cada una de cuyas mallas era un gran astro de brillantísimos destellos? ¿Qué sería en fin cuando el fúnebre genio del mal apénas se había atrevido á atentar contra la armonía del globo; cuando este mundo terrenal era aún aquel en que el órden y la belleza habían brillado con todo su esplendor; cuando todo, al salir del Eden, se acordaba todavía de la inmortalidad de su primera aurora, y cuando todas las cosas y todos los lugares del universo, exultantes de juventud, se sentían llenos de Dios? ¡Ah! si no te hubieses apresurado ¡oh muerte! á marchitarlo todo, jamás se hubiera comprendido el nombre de ateo!

Pues bien, hijo mio: en esos días, todos los séres vivientes, así los que nadan en las aguas como los que vuelan por el espacio, y desde el sol al más diminuto insecto y desde el bruto á la planta, estaban dotados de alma y voz inteligente; pero el hombre no comprendía ya ese himno entonado por mil voces que se eleva desde el seno de las aguas, de los prados y de los bosques; él únicamente había perdido su elevada inteligencia, y el insensato creía entónces como hoy que en él tenia principio y fin el alma; cómo si la liberalidad infinita del Altísimo pusiese límites al pensamiento al prodigar la vida, y como si la vida pudiese tener, oh Padre, más objeto que oírte y hablar contigo! Pero si esas voces de la naturaleza sólo eran para los hombres un vago y estúpido murmullo, los ángeles, diseminados por el éter de la noche, aspiraban su rumor con impalpable oído por ser más accesible la escala continua que iba del mundo real á su mundo invisible, y como no faltaba en ella ninguno de los escalones del sér, todos los hijos del cielo se comunicaban entre si, sin que la indecisa frontera de los espíritus y de los cuerpos elevara entre ellos insuperable barrera. El hombre oía al espíritu; el sér inmaterial, habitante del infinito que el hombre llama cielo, unido por simpatía á alguna criatura, podia cambiar á veces de forma y de naturaleza, é introducido en otra esfera á su albedrío, podia también descender un grado para hablar con los mortales. Además, de esos amores, de esas cordialísimas relaciones entre vírgenes y ángeles, nacian á veces naturalezas extrañas, hombres más grandes que el hombre y dioses inferiores á Dios, que venian á ser séres intermedios entre el bruto y el arcángel; mónstruos á quienes su naturaleza adúltera condenaba á echar de ménos el cielo miéntras agitaban la tierra.

Nadie conoce, hijo mio, la maravillosa conexión que habia entre el gran mundo impalpable y ese mundo de los cuerpos; nadie puede recorrer de partícula en partícula todas las

BIBLIOT. C. UNIV.

"ALF. 1000 11100

APDO. 1025 MONTECERRE, MEXICO

generaciones del alma universal, ni enumerar, separar y dar nombres á esas gotas desprendidas del eterno mar. Pero la tierra que hollamos es un testimonio fehaciente de ello; lo que vemos es la imágen de lo que está oculto para nosotros; un cielo refleja otro cielo, y si el polvo de la vida forma densos torbellinos en nuestros surcos; si en la naturaleza entera no hay un átomo, un glóbulo de aire, un punto de la materia que no patentice á nuestra vista el sér y la vida, lo infinito de la tierra nos revela el de los cielos, la eternidad sin fondo carece de límites áridos y lo que todo lo llena no conoce el vacío!

De cuantos espíritus divinos pueblan los cielos, eran los ángeles los que más nos amaban. Creados el mismo día, hijos del mismo padre, el hombre al nombrarlos puede llamarlos hermanos, pero hermanos más dichosos que él y cuya santa amistad, de todos los sentimientos que nos animan sólo ha tomado la compasión; testigos invisibles de nuestros dramas terrestres, sus ojos fijos en nosotros lloran con nuestras almas; iluminando los senderos de la vida ante nuestros pasos, nos tienden desde el cielo sus manos bienhechoras; ellos engendran esos divinos fenómenos de los que el hombre sólo vislumbra lejanos fulgores, y por ellos es la naturaleza un santo instrumento cuya inmensa armonía resuena á cada instante y cuya clara voz é infinitas maravillas de cordura y de éxtasis recrean sus oídos.

Á esa hora en que van á cesar los mil rumores del día para que se escuche el imperceptible suspiro del crepúsculo, varios de ellos, errantes en esta claridad confusa, habían acudido á cernerse sobre las copas de los cedros. La montaña, como si estuviese dotada de inteligencia, parecía desde su base á su cima un órgano de mil voces, y para discernir estas voces entre tan unánime armonía hubiera sido preciso ser el mismo Dios y poseer su oído infinito. Los ángeles, el silencio y la noche escuchaban aquel coro vegetal, y los cedros cantaban:

CORO DE LOS CEDROS DEL LÍBANO.

¡Santo, tres veces santo el Señor á quien adora la colina! Le estamos viendo desde aquí tras esos soles; cuando el soplo balsámico de la noche nos inclina, humillamos nuestras copas bajo su mano como débiles cañas. ¿Y por qué nos humillamos? Porque le dirigimos nuestra plegaria, porque un íntimo instinto de la virtud divina hace que se estremezcan nuestros troncos desde las raíces hasta el ápice, á la manera que el resuello cavernoso de un leon enfurecido, dilatando sus narices y saliendo rugiente de su pecho, hace ondular su poblada melena.

¡Deslizaos, deslizaos, brisas vagabundas; convertid en cuerdas murmuradoras la hoja y la fibra de los bosques! Somos el instrumento sonoro en que á cada momento espira, para nacer de nuevo bajo nuestro tembloroso ramaje, ese nombre adorado por la luna. Venid, tibios hábitos de las noches; descendad del cielo, subid desde las llanuras; pasad y volved á pasar mil veces por nuestras ramas, llenas del gran nombre del Señor. Si buscáis quien le ensalce y le proclame, dejad el rayo y su llama, dejad el mar y sus olas, y venid á nosotros: ¿por ventura no tenemos un alma? ¿acaso no es una voz cada hoja nuestra?

Bien sabes tú, oh cielo de las noches, á quién hablan nuestras copas; y vosotras, oh rocas que sondean nuestros piés hasta los abismos para buscar en ellos sávia y jugos nutritivos; oh soles, cuyos esplendentes rayos absorbemos, y vosotras, oh noches cuyos frescos besos y húmedas perlas aspiran con afán nuestras hojas sedientas, bien sabéis todos si tenemos sentidos! Pero sentidos cual no los posee otro sér creado, que desde aquí se apoderan de toda la naturaleza, que respiran sin labios y contemplan sin ojos, que presienten las estaciones mucho ántes que lleguen; sentidos que palpan el aire y

lo descomponen, agentes misteriosos de una vida inmortal! ¿Y para quién serían sinó los siglos de existencia que contamos? ¿Para quién el alma y la inteligencia? ¿Para el achaparrado arbusto tal vez? ¿Para el insecto y el átomo, ó para el hombre, fantasma fugaz, que se seca á mis piés como una paja, que llama á la tierra su reino y que, sin embargo, desaparece de la luz del día ántes que la hojarasca de mi copa haya alfombrado la senda de sus pasos? ¡Los siglos, para nosotros, son ayer, y serán mañana!!

¡Oh! ¡Gloria á tí, Padre de todas las cosas! Dínos con qué terrible dedo oprimes el más débil de los resortes, para que nuestro frágil fruto, que aplastaría el pié de un hombre, contenga en sí nuestros desmesurados cuerpos; para que de ese cono mezquino, que germina en un poco de arcilla, broten estos erguidos pilares, cuyas ramas gigantescas extienden en torno nublados de sombra y cobijan millares de avecillas. Dínos qué poderosa levadura de vida encierra nuestra sávia, gota de lluvia que bebería el pico de un pájaro, para que sus ondas, siempre henchidas, se multipliquen en nuestras venas, calmando el sediento ardor de la red que forman; para que ese eterno manantial renueve en todos los arroyos este torrente por nada interrumpido, y para que desde la cúspide á la raíz verdee la inmensa colina que vegeta en un solo tronco.

Decidnos en qué día de los días han nacido nuestras raíces, oh rocas que nos servís de base y de sustento. ¡Innumerables montañas coronadas de nuestras cimas ondulantes, soles extinguidos del firmamento, estrellas de la noche diseminadas por Dios, hablad, ¿sabeis cuál fué ese momento? Si se abriesen nuestros troncos, más duros que el diamante, se verían centenares y millares de años marcados en el corazón de nuestras fibras venosas, como en las capas de un elemento!

Águilas que pasais sobre nuestras cabezas, ¡id á decir á los vientos desencadenados que desafiamos sus borrascas con

nuestros incommovibles troncos. ¡Qué suban esos tiranos de las ondas; que mujan sus raudas alas para arremeter á nuestros brazos nerviosos! ¡Ah! Sus más vertiginosos embates no harían más que balancear nuestros tallos y silbar entre nuestra espesa cabellera.

Hijos de las peñas, engendrados por nosotros mismos, su mano divina nos plantó, y somos la verde diadema con que coronó las cumbres del Eden. Cuando ondulen las aguas del diluvio, nuestros huecos costados serán el refugio de la raza entera de Adam, y los hijos de Noé labrarán con nuestra madera el arca del Dios nómada de Abraham. Y cuando las tribus cautivas hayan visto las alturas de Hermon, nosotros cubriremos con nuestras vigas el arca inmensa de Salomon; y si andando el tiempo, un Verbo hecho hombre adora y da á su Padre un nombre más santo desde lo alto de una cruz, nuestras ramas, altares de tan gran holocausto, suministrarán la madera necesaria para el instrumento de su suplicio. En memoria de prodigios tales, los hombres acudirán á adorar nuestros vestigios, inclinando la frente, y á aplicar sus labios á nuestros troncos. Los santos, los poetas, los sabios escucharán en nuestras enramadas rumores semejantes á los de las ondas del mar, y guarecidos bajo nuestra sombra profética, formarán sus cánticos más bellos con los susurros de nuestras ramas.

Deslizaos, oh brisas nocturnas, como la mano se desliza de cuerda en cuerda por un arpa vibrante, arrancando á la vez de cada cuerda un alma, de cada alma una voz! Deslizaos, y que vuestros dedos hagan brotar de cada fibra un santo estremecimiento! Que el rumor de vuestras alas al rozar los arcos de nuestras bóvedas, que las resonantes gotas de lágrimas del cielo, que el gorjeo del avecilla en su nido y el balanceo del mar en su lecho, y el agua que filtra, y la yerba que se pliega, y la sávia que cae á manera de lluvia, y la fiera que aulla ó grita; que todos esos ruidos de fuerza y de vida multiplica-

dos por el silencio, y ese susurro del mundo vegetal que palpita á nuestros piés desde el tallo de yerba hasta el metal; que estas voces, en fin, reunidas en nutrido coro en este aire en el que se destaca nuestra sombra temblorosa, se eleven y canten al que las ha hecho y al que las oye, á aquél cuya mirada atiende á sus necesidades: Dios, Dios, Dios, mar sin límites que lo contiene todo en sí, foco del que cada vida es una tenue chispa, piedra de la que cada existencia es una humilde partícula, que viva su vida eterna, inmensa, universal; que viva por siempre renaciendo ántes que la naturaleza y despues que ella; que viva y se renueve, y que cada suspiro de la hora por él llamada suba hasta él, de quien todo emana!!!

.....

Así cantaba el coro de los árboles, y los ángeles repetían con entusiasmo estas alabanzas; y el unánime concierto de los montes, de los mares, de los fuegos y de los vientos, de cada forma de sér y de átomos vivientes, y de todas las maravillas terrestres, pasaba por los oídos de los cedros para subir hasta el Señor. Y esos millares de voces de todo cuanto ve á Dios, lo comprende ó lo adora ó lo siente en todas partes, circulaban en el silencio formando grandes armonías, sin palabras articuladas, sin lenguas definidas, semejantes á ese sordo y vago gemido que un arrebató de amor arranca del corazón amante, y que en un solo murmullo contiene y expresa más amor del que puede balbucear el hombre en cien palabras!

.....

Cuando se hubo evaporado el himno de las mil voces, los espíritus, llenos del nombre que en él se había adorado, fue-

ron á llevar de esfera en esfera el eco melodioso de aquel cántico terrestre. Uno solo, que contemplaba la escena desde más inferior lugar, les vió partir sin seguirlos. ¿Por qué se quedó oculto en la nube? Porque un objeto, situado al pié de un gran cedro y al abrigo de su follaje, le hacía olvidar los cielos pareciendo tener encadenados su pensamiento y sus ojos.

¿Qué era lo que podía extasiar así la vista de un ángel? Una hermosa criatura desnuda que yacía entre las flores al pié del árbol, y que, sorprendida aquella tarde por el sueño, no había visto declinar y ponerse el sol, ni al marcharse las tribus de las montañas había oído el llamamiento de sus compañeras. Su madre no había contado aún en la frente de la doncella la duodécima primavera desde que dejara de amamantarla; pero en aquella época de vigor en que las sávias, ménos lentas, se apresuraban á hacer llegar á su madurez á los hombres y á las plantas, trece años equivalían para una virgen á diez y ocho primaveras de nuestros días, llenas de gracia y de amor.

Cabe un tronco blanco de cedro y en un sitio en que el astro reverberado reflejaba en las yerbas sus haces luminosos, un rayo de la luna iluminaba su hermoso cuerpo; sus piés tocaban el borde de un lago puro y durmiente, y algunos lirios acuáticos, llenos de perfumes nocturnos, encorbaban sobre su cuerpo sus juncos verdes y sus urnas; su brazo derecho, puesto debajo del cuello, le servía de almohada, mientras el siniestro siguiendo el mórbido contorno de su costado, se doblaba despues en torno de la cintura, de modo que su blanca mano de afilados dedos desaparecía casi entre las flores plegadas bajo su leve peso, como si estuviese aun jugueteando en sueños con los tallos inodoros de aquellas plantas. Sus cabellos, entreabiertos por la suave brisa crepuscular, ondulaban sobre sus brazos como un gran velo negro, dejando descubiertos, ó sus alabastrinos hombros, ó su turgente seno, ó los contornos de las caderas y el ovalado perfil de aquella frente de la que no hubiese podido apartar la mirada quien la contempla-

ra, ni aún para dirigirla á los cielos; frente que resplandecía como bruñido mármol entre la negra cabellera echada hácia atrás, y las sedosas líneas de sus finísimas y bien arqueadas cejas. Tenia los ojos cerrados y velados por la sombra de sus largas pestañas, pero el tejido venoso de los parpados aparecía teñido de tintas sonrosadas y transparentes. De entre los arcos de las cejas bajaba en línea recta el perfil de su graciosa nariz, y cual airoso repliegue de purpúrea rosa proyectaban una sombra en sus mejillas las alas de la nariz que, siguiendo el movimiento causado en su seno por la respiración, palpitaban y se elevaban levemente henchidas: sus labios, semejantes á un encendido lirio cuyo cáliz próximo á abrirse, se replega en forma de voluta, estaban entreabiertos y tras ellos brillaban, como en el corazón de un fruto verde, las blanquísimas pepitas de los dientes: los dos ángulos indecisos en que terminaba por uno y otro lado aquella boca, desaparecían entre una vaga sonrisa.

Á través de la indolente languidez de aquel sueño virginal se retrataba en el rostro su puro corazón; espejo velado de su sueño, veíase reflejado en él aquella alma que iluminaba y coloraba su frente. Su cuello flexible y redondo se dilataba un tanto al descansar sobre el brazo que parecía abrumado por el peso de la cabeza; y los fugitivos rayos del astro nocturno y las sombras flotantes esfumaban vagas líneas de claro-oscuro en el brillante tornasol de sus mejillas. Sus miembros delicados, de suaves contornos, que ondulaban bajo la piel sin marcar en ella el menor pliegue, llenos, pero de esa carne tierna y blanda propia de la infancia que va entrando poco á poco en la adolescencia, asemejábanse á los tallos del trigo ó del lino cuyo contorno lleno ya redondea la sávia, pero sin que el fecundo estío que debe madurar la espiga haya endurecido aun los dorados nudos de la planta. Su inmovilidad parecía la de la muerte.

La luna acariciaba aquel hermoso cuerpo sin causarle